

I

Me llamo Carmela, y por fin he encontrado el camino de regreso. He hecho todo el recorrido a pie, con dificultad, a veces agobiada por un sentimiento oscuro y triste que me acometía con un temblor de bestia primitiva, con el convencimiento de llevar una rémora de experiencias pegada al alma. Aquello que se olvida es como si no hubiera existido; en cambio, recordarlo es vivirlo dos veces. Y yo he vivido mi vida dos veces, y veinte, y doscientas, porque nunca he podido sustraerme a los contornos de una realidad que estaba dibujada detrás de mi frente con trazos indelebles. Todavía me aflora, aunque cada vez más pereza, la emoción remota de mi infancia.

Pero ahora estoy aquí. Definitivamente. Me miro al espejo y veo lo que va quedando de mí. Unos ojos cada vez más cuajados de dioptrías, donde poco a poco están haciendo su nido las sombras; un rostro que el tiempo va sembrando de pequeñas arrugas, como si cada día transcurrido hubiera rubricado su nombre; un cuerpo que a menudo me duele del esfuerzo extenuante de haber querido convertirme en sombra, porque desde niña he vivido mimetizada con el color de los inviernos de toda mi existencia. Pero he resurgido ilesa y casi entera, y por fin he aprendido lo que significa la luz de la esperanza.

He estado casi cincuenta años escondiéndome de mí, exiliada de mi propia vida, embargada de asco, de vergüenza y de

culpa por algo que no hice. Pero he completado mi viaje al interior de mí misma, y ya me he perdonado. Ahora soy capaz de mirar al mundo con esa ternura absorta que da la inocencia.

El otro día, por ejemplo, me acababa de calzar y estaba cogiendo el bolso y las llaves para salir de casa. Cada martes y cada jueves voy al taller de restauración de muebles y objetos antiguos, donde aprendo, paso a paso, a embellecer y a restituirle su dignidad a aquello que el tiempo ha arruinado. Me encaminaba hacia la salida, cuando de pronto sonó el timbre de la puerta. «¡No, por favor! ¡Ahora no, justo cuando tengo que salir!», me dije contrariada. Pero abrí la puerta. Y allí estaba ella, Teresa, con una espléndida sonrisa en su cara de manzana. Mi hermana pequeña, a la que no veía desde hacía más de cinco años. Nos abrazamos, felices, agitadas, sedientas, y en esa plenitud del reencuentro transcurrieron instantes de silencio.

—¿Te ibas? —preguntó al verme con el bolso en la mano.

—No, ya no. Ven, entra y cuéntame —le contesté.

No hay nada como una taza de café para envolver a dos hermanas en una discreta complicidad, para desatar la lengua y el corazón, y vaciar en confidencias todos los secretos, todos los pormenores de una vida, todas las experiencias vividas o imaginadas. Hablábamos casi enfebrecidas, quitándonos la palabra muchas veces, como si quisiéramos acuchillar con nuestras lenguas aquellos cinco años de silencios, tan próximas en nuestra emoción que parecíamos latir en un mismo pecho. Teresa me miraba con los ojos muy abiertos al asombro, con una mirada limpia que siempre parece de estreno y con ese aire aniñado e inocente que ha mantenido toda su vida. Sigue teniendo la risa fácil y el espíritu fresco, quizá porque su corazón ha sido siempre una ciudad de pájaros. La tragedia que nos cambió la vida a todos ocurrió cuando ella era tan pequeña que solo la rozó de forma tangencial, porque apenas guarda memoria de ello. Por

eso se ha conservado ilesa y sin contaminar. Creo que Teresa nació para ser feliz.

—No estuviste en el entierro de padre —le reproché después de horas de conversación.

—No. No vi necesario venir desde Grenoble para eso.

—Pero también era tu padre —apostillé con suavidad.

—¿Lo era en realidad? Porque yo nunca lo he considerado así. ¿Vino Rosa desde Barcelona?

—No, tampoco. Solo Colás y Alfonso. Y yo, claro. Al final me dio lástima y le estuve cuidando durante su enfermedad, hasta que murió.

—Siempre fuiste demasiado abnegada —sentenció con convicción. Y me cogió las manos para besarlas en un arrebato lleno de candor.

Cuando llegó Tomás, nos encontró sentadas y casi en penumbra. No se nos había ocurrido encender la luz, pese a que hacía un rato que había anochecido. Pero allí seguíamos las dos, en sombras, tan precisa y cercana nuestra presencia que nos sentíamos iluminadas por aquella especie de luz interior que irradiábamos.

UNA HISTORIA MINÚSCULA

2

Después, era el silencio. Pero entretanto madre andaba por la cocina preparando la cena, y yo, sentada en una sillita baja frente a la lumbre, la veía hacer, y cómo entraba y salía de la alacena trayendo todo lo necesario: una bolsa de papel de estraza con la harina de almortas, el pimentón en un tarro de cristal, los trozos de tocino veteadado y los chorizos que conservaba en una orza con aceite, y cada cosa la iba dejando sobre la mesa mientras hablaba en voz baja de cualquier nadería como si picotease las palabras. Rosa y Tere, mis hermanas pequeñas, jugaban en un rincón con una muñeca con el vestido descolorido, y trasteaban en el cesto de la ropa en busca de pañuelos o prendas menudas con las que arroparla y fingir trajecitos nuevos. Tere, que solo tenía un año y medio, reía y emitía unos suaves murmullos de tórtola con su lengua de trapo, y decía palabras a medio pronunciar que a veces nos costaba entender. Rosa, en cambio, con sus tres años bien cumplidos se arrogaba el derecho de ser ella quien dirigiese el juego y les hablaba a las dos, a Tere y a la muñeca, como si fueran sus hijas.

Madre acercó un taburete a la lumbre y comenzó a freír las carnes para, a continuación, tostar la harina en aquella grasa que ahora tenía un hermoso tono rojizo. Echó después una cucharada de pimentón y, tras darle unas vueltas en la sartén, derramó sobre aquella pasta anaranjada el contenido de una jarra

de agua, y empezó a remover lenta, muy lentamente, con una cuchara de madera. Yo callaba y aspiraba aquel olor succulento que ya se elevaba aun cuando no había comenzado todavía el hervor, y de vez en cuando me agachaba para coger un trozo de sarmiento, que acercaba a las llamas hasta prenderlo, y luego lo agitaba ante mis ojos repetidamente, porque aquella brasa cuyo destello bajaba de intensidad para volver a florecer cada vez que la movía, igual que un pequeño juego de luces, me producía una curiosidad casi hipnótica y la sensación de estar viviendo algo mágico, y siempre experimentaba ese sentimiento como si fuera la primera vez.

—Si sigues haciendo eso, esta noche te mearás en la cama —me reconvenía madre.

—¿Por qué me tengo que mear en la cama si miro un palo encendido? —le pregunté en una ocasión.

—Porque sí. Eso se ha dicho siempre, y lo sabe todo el mundo.

Aquel argumento era irrefutable. Porque sí. Causa y efecto. Así eran las cosas. Madre se lo había oído decir a su propia madre, que posiblemente se lo oyó a su vez a la suya. No había, por tanto, nada más que objetar.

De todos modos es verdad que, con la ayuda de las brasas o sin ellas, no era la primera vez que amanecíamos con las sábanas mojadas. Rosa y yo dormíamos en la misma cama, en tanto que Tere lo hacía en una cuna que, muy pronto, se le iba a quedar pequeña. Las tres ocupábamos una alcoba al fondo del pasillo, con una ventana que daba al patio. Mis padres tenían otra un poco más grande, no así mis hermanos mayores. Ellos dormían sobre unos colchones encima del banco de obra que se hizo a lo largo de una pared de la cocina, una vez que se comprobó que, si bien la familia iba aumentando inexorablemente, la vivienda mantenía siempre las mismas escasas dimensiones. A veces, en medio de la noche, arrebujadas mi hermana y yo en

aquella cama pequeña, enredadas casi siempre en una maraña de piernas y brazos entrelazados, a alguna de las dos, o incluso a las dos, se nos escapaba una riada de orina calentita que nos empapaba por igual y no llegaba a enfriarse en toda la noche. Aquello nos producía una sensación acogedora y confortable, y le daba calidez a nuestro sueño. A la mañana siguiente, a madre le costaba distinguir cuál de las dos había sido la causante, porque ambas estábamos igual de mojadas. Entonces sacaba el colchón de borra al patio y lo ponía bien extendido al sol, aunque cuando anocheía lo volvía a colocar sobre la cama, pero del revés, porque no siempre estaba seco del todo.

Cuando en el corralón del fondo se oía el chirrido agrio del portón al abrirse, sabíamos que padre y los muchachos acababan de llegar y estaban metiendo la mula en la cuadra. Siempre era el mismo sonido, como una petición de auxilio. Siempre, desde que me alcanza la memoria. Los goznes oxidados se habían ido aflojando, y las portadas, heridas de vejez, se habían hinchado o se habían descolgado, y cada vez que se abrían o se cerraban producían esa especie de estertor agónico al rozar el empedrado. Hasta habían ido dejando, con el paso del tiempo, dos surcos anchos como dos medias lunas dibujadas sobre el pavimento. Nadie, sin embargo, se había tomado la molestia de engrasar la herrumbre de las bisagras, o de colocarlas en su sitio, o de lijar la madera del portón para que no rozara. Aquel deterioro formaba parte de nuestras vidas como el simple hecho de mearse en la cama por agitar una brasita ante los ojos, o como tantas otras cosas. Porque sí.

—Ya están aquí —decía madre en un susurro casi inaudible—. Veremos cómo viene esta noche tu padre...

Y seguía dándoles vueltas a las gachas suavemente, con parsimonia, pero algo en su actitud, una especie de encogimiento sobre sí misma, el aliento suspendido, hasta la forma de encorvar

la espalda como si de pronto hubiera menguado o temiese algún golpe, delataba su miedo. Rosa y Tere, a pesar de su corta edad, también experimentaban inconscientemente aquella sensación, aunque de forma neutra, sin llegar a comprender del todo a qué obedecía. Guardaban con rapidez en el cesto los trapos con los que habían vestido a la muñeca y se sentaban muy juntas y muy quietas en un rincón de la cocina, abrazándose las rodillas flacas con los bracitos. Entonces era el silencio. Callábamos todas: madre taciturna —como siempre que él andaba cerca—, las niñas asustadas sin saber de qué y yo aguzando el oído y conteniendo la respiración, para conjeturar lo que estarían haciendo por los sonidos que llegaban de fuera y en qué momento exacto se abriría la puerta y padre entraría, seguido por los muchachos. Porque si padre entraba erguido y con paso casi firme, esa noche estábamos de suerte; a menudo venía con los andares turbios y trastabillando a cada momento, prueba inequívoca de que llevaba en el cuerpo más vino del que podía asimilar. Y cuando eso ocurría, más nos valía acostarnos de inmediato y taparnos la cabeza con la almohada. Porque esa noche había gritos, insultos y golpes. Sobre todo para madre, que era quien se llevaba la peor parte. A nosotros apenas nos golpeaba, a no ser, como a veces era mi caso, que me interpusiera entre la correa o sus puños y el cuerpo endeble de madre en mi afán por protegerla. Entonces sí, entonces yo acababa también con algún ojo morado, sangrando por algún corte hecho con la hebilla o con algunos verdugones por el cuerpo.

En el patio se oyó rechinar la garrucha del pozo, y ese chirrido familiar que siempre escocía en los oídos significaba que padre estaba sacando un cubo de agua para lavarse, como hacía cada anochecer cuando volvía del campo. Poco después se abrió la puerta, y entraron los tres. Esa noche hubo suerte. Sin decir una sola palabra, cogió una silla y la acercó a la mesa camilla. De

rejo vimos que acertaba a sentarse sin titubeos. «¡Bien!», pensé. «Esta noche no toca». Colás y Alfonso, con las caras renegridas por el sol y un aspecto cansado, se sentaron también. Madre puso la sartén de gachas en el centro de la mesa y colocó un cojín en los asientos bajo cada una de mis hermanas. A continuación, trajo un par de platos para servirles a ellas, que difícilmente hubieran alcanzado a mojar en la sartén. Se sentó y empezó a repartir cuarterones de pan que iba arrancando con las manos.

—¿Esto es todo lo que hay para cenar? —habló por primera vez padre.

—No, he frito un poco de tocino y unos chorizos. Están junto al fuego, para que no se enfríen.

—Pues tráetelos, mujer. No esperarás que vaya yo a por ellos.

Madre se levantó y cogió el plato que estaba cerca de las brasas. Volvió a sentarse en silencio y comenzó a mojar pan en las gachas. Comía sin mirar a nadie. Se volvió de pronto hacia mis hermanos, que masticaban deprisa, casi con furia y, por primera vez, les sonrió con blandura, casi como si los acariciara con los labios.

—¿Qué tal, hijos, cómo se ha dado el día? ¿Habéis hecho mucho picón?

—Bastante, madre, no ha estado mal la cosa —respondió Colás.

—Estáis cansados, ¿verdad?

—Claro.

—¡Mis niños! —dijo flojito. Tanto que creo que solo la oí yo, que estaba sentada a su lado.

Colás tenía quince años y poca carne alrededor de los huesos. Era espigado, casi quebradizo, y cada día que pasaba lo veía un poco más alto. Andaba desgarbado y parecía incómodo dentro de su piel, como si le sobrasen articulaciones. Ya empezaba a asomarle sobre las comisuras de la boca un bigotillo de leche, una especie de pelusa blanda que negreaba y le daba un aspecto

un poco ridículo. Alfonso, por el contrario, era más bajito y resultaba mucho más compacto, todavía se movía a veces con torpeza de cachorro. Tenía trece años y aún no había perdido del todo sus formas de niño. Ambos olían siempre a leña y a humo.

—¿Ya no quedan almendrucos? —preguntó padre con aquella voz inquisitiva y áspera que nos soliviantaba a todos.

—Sí, sí que quedan.

—Pues levántate y tráeme unos pocos.

Volvió a levantarse madre. Entró en la alacena y regresó con un plato lleno de almendrucos y la mano del almirez. Se acuclilló junto a la chimenea y fue asestándoles uno a uno golpes secos y echando las cáscaras leñosas en la lumbre, que crepitaba con un siseo gozoso. Estuvo así un rato, incómoda, doblada sobre sí misma. Luego se levantó y acercó el plato con las almendras a padre. Volvió a sentarse a la mesa, pero ya no siguió cenando.

—¿Es que ya no comes más gachas? —preguntó él.

—No, ya he comido bastantes. Además, se han quedado frías.

—¡Vaya! ¡Pues sí que te has vuelto tú *delicá!* —dijo desdeñoso.

Sí, aquella noche era una de las pocas en que padre volvía a casa medianamente sereno. Y aquello suponía un respiro para nosotras, para madre sobre todo. Nos íbamos todos a dormir, mis hermanos en la cocina, las caras iluminadas por los rescollos de la chimenea; las pequeñas y yo, en nuestra habitación y mis padres, en la suya. Y a los pocos minutos empezaba aquel ritual extraño de las noches tranquilas de padre. Los muelles de su somier gimiendo acompasadamente a un ritmo cada vez más acuciante, su respiración que poco a poco se iba tornando más ansiosa, como si se estuviera atragantando y necesitase beberse el aire con ansia, y al final un estertor espantoso de animal herido. Después, el silencio. Con mis casi ocho años no llegaba a adentrarme en el misterio de aquellos ruidos nocturnos que solo yo parecía oír, ya que nadie más hacía comentario alguno

sobre aquello. Pero también llegué a acostumbrarme, sin hacer preguntas, a esas respiraciones anhelantes y a esos jadeos y a ese último quejido prolongado que hería la noche. De todas formas, en mi casa casi todo se daba por hecho. Y por sabido. La meada en la cama por haber movido un palo encendido, el portón desvencijado del corral que arrastraba su agónico deterioro sobre las piedras, los labios reventados de madre y sus cejas abiertas y sangrantes, los ronquidos de fiera moribunda que daba padre en sus noches de tregua..., todo era algo consustancial a nuestras vidas, algo que nadie se preguntaba nunca y para lo que no existía, por consiguiente, respuesta alguna.